

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 21 de Octubre de 1897

Núm. 361

E. DONDETI



Belleza judía



Memorias de un profesor ⁽¹⁾

Estamos en pleno invierno. Lo cual, tratándose de esta bendita población, equivale á decir que se vive en plena tristeza, en plena desolación.

Durante estos últimos días la nieve, caída en abundancia, tenía envuelta á Malaguarda y sus alrededores en su blanquísimo é interminable manto. El espectáculo

que desde mi balcón contemplaba, era realmente bello : hasta entonces no se había ofrecido esta población ni su comarca bajo un aspecto interesante. « La nieve les sienta bien », conforme decía mi compañero Linares. Las calles empinadas y tortuosas, convertidas en caprichosos senderos de inmaculada blancura, cuyo matiz hacía destacar con rigoroso relieve el ennegrecido color de las fachadas ; los tejados y los campanarios cubiertos del mismo albo ropaje, revistiendo acá y acullá extrañas formas ; la campiña extendiendo hasta lo infinito su uniforme sudario, semejante á una estepa siberiana ; todo esto formaba un conjunto pintoresco de incontestable poesía y melancólica grandeza.

¡ Pero qué cambio de decoración de anteayer á hoy !... Hace dos días que llueve ; llueve á chorros, á cántaros, á toneladas... La nieve se ha fundido ; su espesa capa ha quedado deshecha por el agua que se desploma sin cesar del cielo, color de plomo, estriado de anchas fajas negras como la tinta, y ya no presentan las calles más que un dédalo sembrado de fango pringoso y sucio. Algunas, las de los barrios altos, son verdaderas torrenteras arrastrando un caudal cenagoso ; y la campiña, la blanca estepa de estos días, es tan sólo un vasto lodazal y á trechos un estanque, de cuya superficie rojizo-amarillenta arranca la lluvia lívidos reflejos, al caer sin tregua, furiosamente.

Durante media hora he contemplado tras los cristales ese cuadro de invierno, sumido todo mi sér en una especie de modorra, pensando vagamente en mi aislamiento. He oído de pronto dar las ocho ; el sonido de las campanas vibra ensordecido en la densidad de la atmósfera, preñada de agua, en medio del monótono rumor de la lluvia.

¡ Las ocho !... Esto es la hora de vestirme y de encaminarme al Instituto, bajo el diluvio que se desploma, por esas calles empapadas de cieno, llenas de baches, en donde se hunde uno hasta media pierna. A las ocho y media en punto doy principio á mi clase ; dos docenas y media de muchachos, ateridos de frío, de fisonomía entontecida é inteligencia opaca, esperan en el desmantelado vestíbulo, con las manos en los bolsillos, caladas las gorras hasta las orejas y el cogote, repicando los pies sobre las heladas baldosas,

(1) Véase el número anterior.

mi llegada. Algunos, tiritando, dan el último repaso á la lección del día; otros, para entrar en calor, andan á cachetes. Envuelto en mi gabán, me echo á la calle, tomando todas las precauciones para no desnucarme sobre el piso resbaladizo. Parece que la lluvia mengua; cae con menos violencia; pero de los canalones siguen manando caños de agua que se desploman sobre la cúpula de mi paraguas con redobles de tambor.

Al concluir mi clase he entrado, como de costumbre, en la sala de profesores. Allí suelo encontrar á Linares, cuya clase empieza á las diez y á D. Isidoro Tandilla, el Director, que también tiene señalada la misma hora para inculcar los principios retórico-poéticos en el cerebro de la juventud escolar. Pero cuando el tiempo es malo, D. Isidoro



se abstiene de venir; y como el mal tiempo es cosa frequentísima en esta tierra, las absencias de nuestro Director son casi cotidianas. He dicho, pues, erróneamente, que suelo encontrarme á esa hora á Tandilla; á quien encuentro casi todos los días es á su suplente Nicomedes Abril, un chico muy simpático, bueno, afable, instruído y... con un solo pulmón, según se dice. El otro se lo ha comido la tisis.

Pero esta mañana, con gran sorpresa mía, me veo, al entrar en la sala de profesores, á D. Isidoro, sentado en una butaca, severo el rostro, fruncido el entrecejo. A un lado Linares, muy tranquilo, hojeaba un libro.

— ¿Cómo se ha atrevido usted á salir con este tiempo de perros y encontrándose tan delicadito? — le digo á mi ilustre Jefe.

— ¿Qué quiere usted?... — me contesta suspirando — cuando las circunstancias lo exigen... Hoy me siento peor que nunca; he pasado una noche atroz; pero ¿qué remedio queda?... El deber ante todo.

— Pero ¿y el amigo Abril?... — pregunté tímidamente.

— Abril ha tenido ayer al anocheecer un ataque de hemoptisis.

Tandilla pronuncia estas palabras secamente, casi con ira, con mal oculto resentimiento. Evidentemente, ante sus ojos, el pobre Nicomedes ha cometido una torpeza indisculpable, una falta de atención hacia su superior, casi una bellaquería al ponerse tan inoportunamente enfermo.

Un bedel se presenta gorra en mano y aspecto sumiso; en tanto D. Isidoro le da algunas órdenes, pregunto bajito á Linares:

— Si Abril está enfermo, ¿por qué no se le ha ocurrido suspender la clase? Me parece que no habría sido la primera vez...

— Verdad; pero hay algo más...

— ¿Qué hay?

— Parece que en la diligencia de las diez llega *de incógnito* un Inspector de Instrucción pública para girar una visita á nuestro Instituto. ¿Comprende usted?

¡Ding... ding... ding... ding!... La campana da el toque reglamentario; la hora de entrar de nuevo á clase. Mientras yo me dispongo á tomar el portante, á arrostrar la intemperie, Tandilla y Linares se dirigen lentamente á sus respectivas aulas, cada uno por su lado. De pronto el Director se para y haciéndome una seña me llama.

— ¿Sabe usted que probablemente recibiremos la visita del Inspector?

— ¿De veras?... — digo, haciéndome el sorprendido.

— Sí; así lo creo al menos. Hoy ó mañana. Se lo prevengo á usted por si acaso tenía ese señor á bien empezar su visita esta tarde, á las tres, á la hora del curso de usted, ó mañana á primera hora.

— Puede venir cuando guste.

— ¡Ah!... otra cosa... ¿Ha reflexionado usted acerca de lo que hablamos hace algunos días?... Sí, hombre... ¿no se acuerda usted de lo que le expuse el otro día, mientras paseábamos por la Alameda?

— La verdad, no recuerdo... hablamos de tantas cosas...

— Sí; pero una de ellas muy importante para usted; para su... ¿cómo diré?... para su respetabilidad social.

— ¡Ah!... ya caigo, — contesto riendo — pues, con franqueza, no he pensado en ello. ¡Cómo no es cosa que me urja lo más mínimo!

— Sí... comprendo; pero no importa; hay que pensar en ello, hay que pensar... Yo que me intereso mucho, muchísimo, créalo usted, por el bienestar del cuerpo profesoral que tengo el honor de dirigir, por su respetabilidad, por su porvenir, he pensado en eso... Y si usted se decide á seguir mi consejo, consejo amistoso, desinteresado... creo que podría proporcionarle una ocasión única, magnífica, de asegurar su felicidad. Pero ya hablaremos otro rato del asunto.

Mientras D. Isidoro se entra en el aula, yo me alejo riendo en mis adentros de la insistencia del buen señor, empeñado... ¡en casarme! Hace algunos días, en efecto, paseando juntos, me demostró la conveniencia, hasta la necesidad, de contraer estado. «Un profesor — me dijo — tiene que ser eclesiástico ó casado. Un profesor soltero no pega; mayormente en una población como Malaguarda, de costumbres tan rígidas, tan patriarcales, á la antigua usanza española. Un profesor célibe produce, inevitablemente, mal efecto en la opinión pública; no puede inspirar suficiente confianza á las familias. Todos mis profesores — añadió — están casados, á excepción de Linares, que es viudo, y de usted, que es todavía soltero. Amigo mío, convendría mucho que usted se casara; en ello ganaríamos todos: usted primero y luego el Claustro.»

Bueno; admitamos, en principio, que esto sea cierto, aunque malditas las ganas que tengo, por ahora, en enagenar mi libertad y menos en beneficio



A. LEMMI



Amorosos

de alguna de las señoritas disponibles que hay en Malaguarda ; ¿ pero á qué viene esa insistencia de D. Isidoro?... ¿ A qué esos apremios?... ¿ A qué ese afán casamentero de que acaba de darme otra prueba?...

* * *

Esta tarde he referido á Linares el singular empeño de nuestro Director. Ha soltado la carcajada y me ha dicho :

— Sí ; ese buen Tandillo se obstinará ahora en querer casar á usted como quiso hacerlo conmigo, en cuanto tomé posesión de mi destino. Pero trabajó en baide ; de ahí esa ojeriza que me profesa y que apenas se esfuerza en disimular ; ojeriza que compartirá usted conmigo, si no cede.

— ¿ Pero á qué esa manía ?

— No es manía, es cálculo. ¡ Con decirle á usted que D. Isidoro le tiene ya elegida la novia que en su concepto viene usted obligado á tomar !

— ¡ Pues me gusta !... ¿ Y quién es ella ?... ¿ La conoce usted ?

— De fijo que será Antoñita Requejo ; á menos que no sea su hermana Pilar ; pero apostaría mejor por Antoñita.

— ¿ Las hijas del profesor de Matemáticas ?

— *Tu dixisti*. Requejo tiene cinco hijas, todas casaderas, pero de las cuales no se casa ninguna, lo cual no es de extrañar, si se tiene en cuenta que las pobres son muy feitas y que además no tienen un cuarto. Ahora bien : como nuestro Director se ha constituído en protector de Requejo y de su familia, hace cuanto puede, aunque sin lograrlo, para encontrarles marido á las niñas.

— ¿ Y porqué esa protección ?

— Obedecé á un sentimiento muy natural. ¿ No sabe usted que D. Isidoro es desde muchos años el amante de doña Engracia, la esposa de Requejo ?

— ¡ Amante de esa... vieja !

— Compañero : doña Engracia ha sido también joven y D. Isidoro ha dejado de serlo... y nada : ¡ están tan acostumbrados el uno al otro !

JUAN BUSCÓN.

Penia

Saturno había ya dado vida á todos los dioses. El amor tenía su protectora de espléndida belleza que, naciendo de la espuma de las ondas, despertaría en lo sucesivo el deseo en el pecho de todos los mortales. Para la guerra había nacido también un dios : Marte se encargaba de concitar los furios inextinguibles en el corazón de los hombres. Minerva infundía la sabiduría ; Mercurio impulsaba el comercio ; Apolo era el padre de las Bellas Artes ; Plutón protegía á los avaros ; Ceres repartía granos y frutos con abundancia ; obedecían las aguas á Neptuno, el rayo á Júpiter.

Pero Saturno, que era un viejo redomado al par que un antropófago de la peor especie, andaba murmurando por los jardines del Olimpo.

Vulcano, que era uno de los dioses más descarados, fué quien interrogó al anciano más ó menos venerable.

— ¿ Qué teneis, padre y señor, que tan malhumorado andáis ? ¿ Es que mis hermanos cometen alguna falta de esas que no pueden perdonarse ? Es que de nuevo os ha acometido la manía antropofágica que tantos disgustos ha causado á nuestra divina familia ? Si así es, os ruego que os sirváis avisarme á tiempo, porque me escamo.

— No hagás nunca juicios temerarios, mala persona. No echés jamás en cara á nadie sus aficiones. Si ando preocupado y cariacontecido es que advierto ahora que al dar á la Humanidad dioses para todos los gustos y todos los usos, hemos olvidado el que más necesario les era. ¿ No has observado que entre los hombres hay muchos pobres y pocos ricos ? Pues tú y tus hermanos sólo servís para los opulentos, para aquellos á quienes el ocio deja tiempo que perder en el amor, en la guerra, en las artes útiles y aun en las fermentadas, las del engaño en todas sus formas. Quiero que los pobres tengan un dios que les proteja, un dios á quien dirigirse en sus tribulaciones, que no son pocas. Pero vuestra madre está ya harta de tener hijos y he de buscar nueva mujer.

Dijo Saturno, y se apartó de Vulcano que daba la razón á su padre, diciendo para su capote que discurría bien, siquiera fuese tan bruto.

¿ Dónde encontró Saturno hembra á su acomodo ? No está averiguado todavía. El hecho es que al poco tiempo nació la salvaje diosa Penia que maltrató á todos sus hermanos y causó tantos y tales desastres en el Olimpo, que al cabo fué echada de él y vino á la Tierra donde está condenada á vivir por los siglos de los siglos.

DEVIL.

La Fortuna

Sobre el botón de una rosa
cayó una gota pequeña
y otra gota encontró lecho
en montecillo de tierra.

Y cuando del sol los rayos
alumbraron la pradera,
trocando la noche oscura
en mañanita risueña,

las dos gotas desprendidas
de la inmensidad excelsa,
tomaron diverso aspecto,
corrieron suerte diversa.

Fué la gota, que acogida
en la rosa encontró tierna,
su más hechicero adorno,
convertida en blanca perla;

y fué la nítida gota
depositada en la tierra,

un átomo más de lodo
que se extendió en la pradera.

Si entrambas eran hermanas;
si fué su hermosura idéntica;
si las mandó un mismo cielo
en pos de una misma tierra:

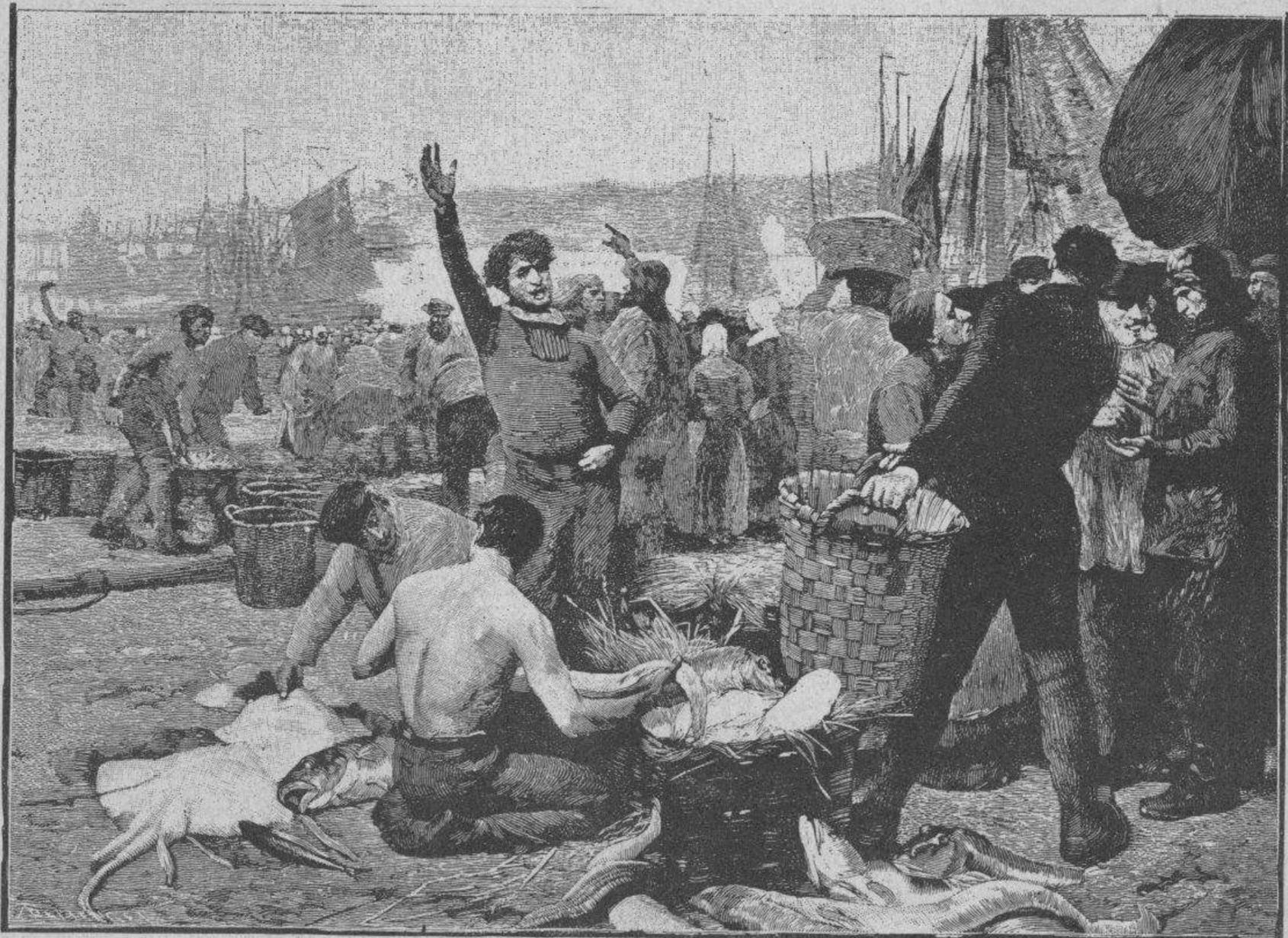
¿Por qué suerte tan distinta
alcanzan las gotas esas,
que es una espléndido adorno
y es otra cieno que afea?

— Porque es así la Fortuna:
con unos siempre risueña
y pródiga en sus mercedes,
y con otros siempre adversa.

En las gotas de rocío
nuestra vida se compendia:
ó halagada por la suerte,
ó sumida en la miseria.

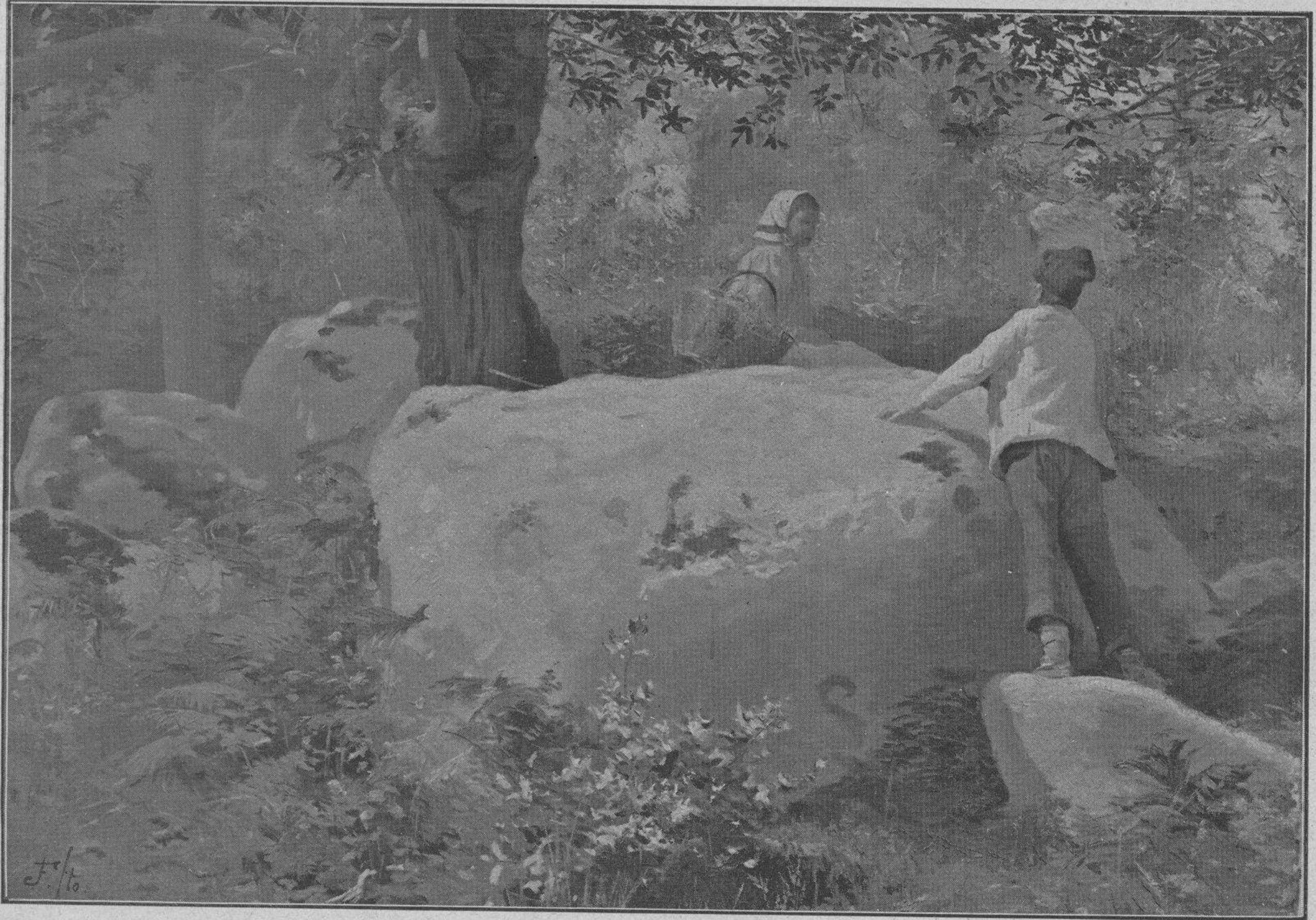
José E. TRIAY.

EN ITALIA



Subastando el pescado

GILI ROIG



En el campo



MADRID. — La plaza Mayor

Tres y tres, nueve ⁽¹⁾

El maestro de escuela de Polanueva era un buen matemático y un gran mecánico, que se tenía por muy sabido que en algunos casos los números mienten en apariencia, siquiera en el fondo cumplan como buenas las leyes eternas á que están sujetos. Por lo mismo que era hombre de valía, quedó arrumbado como trasto inútil y dió con sus huesos en aquel lugar de mala vida, que no de mala muerte, porque ésta no es ni buena ni mala: es igual en todos los casos.

A fuerza de hombre inteligente, aun siendo matemático de los que entran pocos en libra, no se entretenía en explicar á sus rústicos discípulos las aparentes contradicciones de los números, sino que á fuerza de repetir la lección les enseñaba el eterno *uno y uno, dos; dos y dos, cuatro; tres y tres, seis*. Y los chicos aprendíanse esto de memoria y con más ó menos dificultad se ensayaban en sumar.

Pero he ahí que un día, mientras hacía repetir á los niños el uno y uno, dos, una vocecita clara le interrogó de este modo:

—¿Diga usted, señor Pedro, tres y tres hacen siempre seis?

El maestro examinó al preguntón, que era el más listo de la clase, y replicó:

—Sí, hombre.

—¿Está usted seguro?

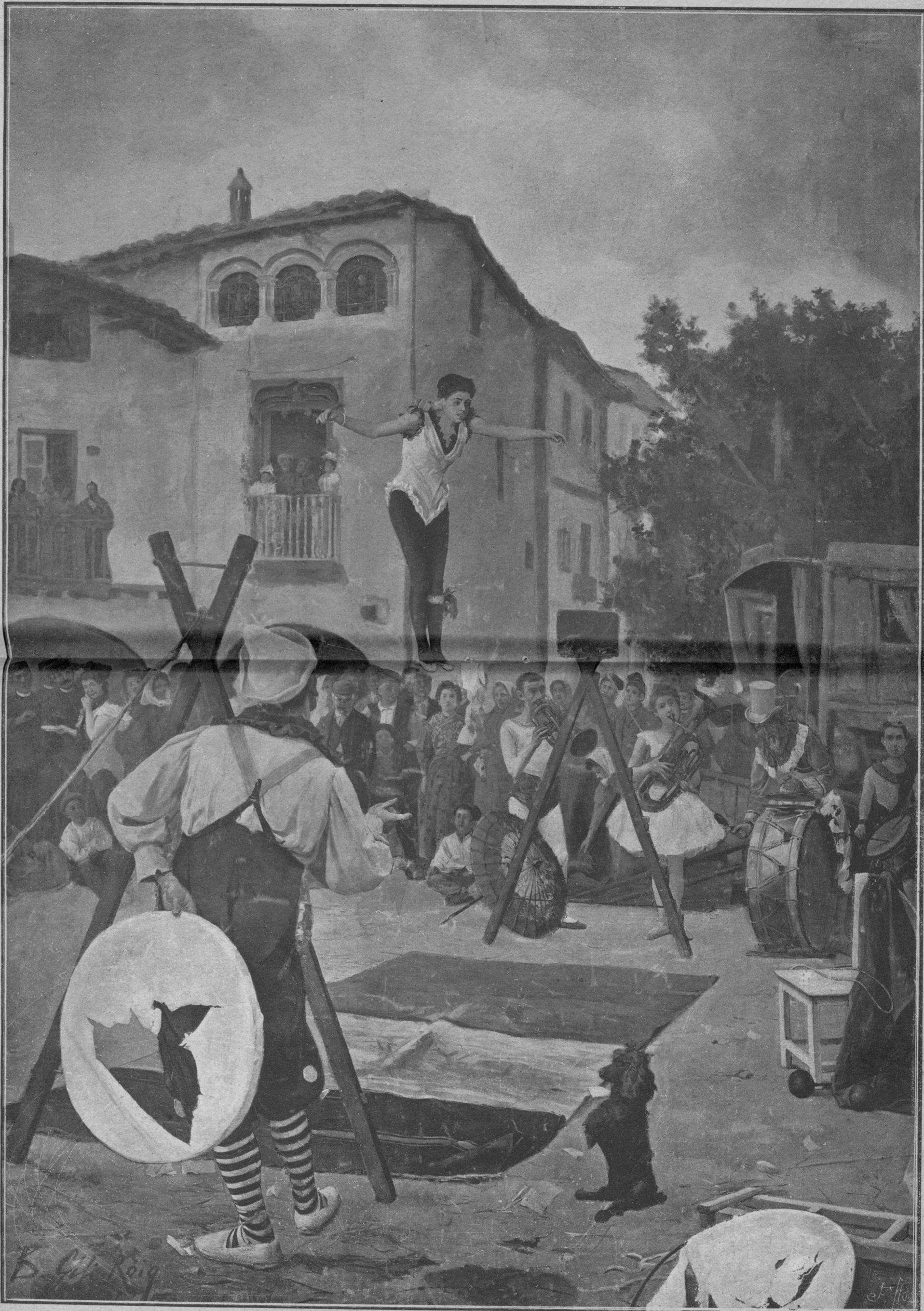
—Yo lo creo.

—Pues, mire usted, hace pocos días que en mi casa dijo el señor médico que tres y tres hacían nueve algunas veces.

El domine estuvo á punto de reirse; pero no queriendo perder su seriedad, dijo al chico que se callara y continuó la clase.

A la hora de la salida llamó al chico, y cuando hubo quedado á solas con él, le dijo:

(1) Este cuento no es original. Recuerdo haberlo leído de niño, creo que en un tomo francés.



Titiriteros en el pueblo

—Ahora quiero que me cuentes, si es que te acuerdas, lo que te dijo el médico el otro día para probarte que tres y tres hacen nueve.

—No me lo dijo á mí, sino á mi padre.

—¿Pero tú lo oíste?

—Sí, señor.

—Pues tanto da; des-otrica.

El muchacho se recogió un momento, como un orador de club antes de soltar el torrente de su elocuencia, y se expresó así:

—¿Usted conoce á Juana, la del calderero, á Mari-Pepa y á Tasia, la hija de la tía Estropajo?

—Sí.

—¿Y á Pedro el molinero, al hijo del sastre y á José del boticario?

—También.

—Pues, mire usted, de ellas y de ellos habló el médico.

—¡Bah!

—Y contó una historia muy larga que no recuerdo bien; pero sé que probaba que tres y tres hacen nueve.

—No puede ser, hijo.

—Vaya si es; el señor médico lo aseguró y ya sabe usted que nunca habla en broma.

—Bueno, así será; pero si no recuerdas algo de lo que dijo, no puedo yo sacarte de dudas.

—Verá, sólo sé que nos dijo que ellas eran novias de ellos y que se querían mucho y que pronto iban á casarse.

—¡Ah!

—También dijo que por la tarde del Corpus habían salido á pasear y que merendaron en la fuente de las Agujas.

—Bueno. Ya me voy enterando.

—Sí, pues también añadió que aquella tarde hacía un gran bochorno, que la fuente de las Agujas estaba desierta, porque chicos y mozos querían ver la procesión, y que Mari-Pepa subió á un cerezo y que José, el del boticario la ayudó á subir.

—¿Y nada más?

—No recuerdo bien; pero me parece que las dos otras mozas también subieron por cerezas, y que por poco se quedan en la fuente todos, según lo que allí charlaron y se entretuvieron, no volviendo al pueblo hasta que hubo cerrado la noche.

—¿Esto es todo lo que dijo el médico?

—Sí, y por cierto que mi padre se reía mucho cuando él terminó de esta manera: «Ya ves, Juan, como tres y tres hacen nueve».

—¿Y ahora deseas que yo te saque de dudas?

—Sí señor.

—Pues hijo hasta que seas hombre no puedes entender esas cosas. Tres y tres hacen siempre seis; pero el médico no mintió al decir que tres y tres pueden hacer nueve. Cuando llegue á explicarte la multiplicación ya lo comprenderás á tu manera. Y hasta entonces no digas nunca que tres y tres hacen nueve, pues se reiría la gente de tí.

A. RIERA.

Arrepentida

(CUENTO)

I

Fué á confesarse Manuela la muchacha más bonita, más salada, y más hermosa del pueblo de Villamigas.

Arrepentida y muy triste, poniéndose de rodillas:

—Me confieso, padre mío, (dijo la linda chiquilla) que al salir por agua ayer, en la fuente de la ermita me dió... mi novio... dos... besos.

—¡Dos besos! ¡Virgen María!

—¡Perdón! ¡Perdón! Señor cura, estoy muy arrepentida.

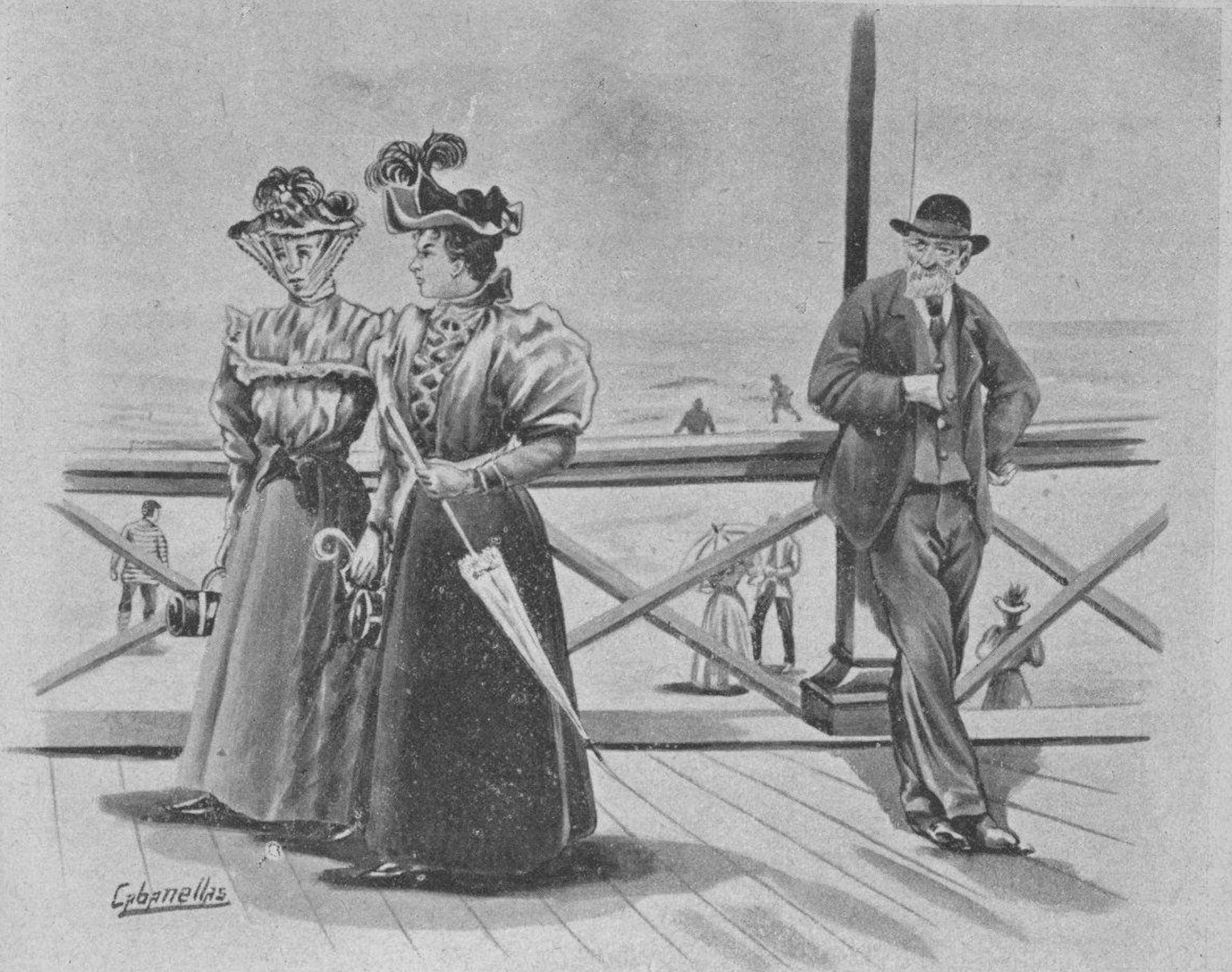
—Por hoy te perdono, pero

si otra vez lo hicieras, hija, por cada beso una vela pondrás á santa Lucía.

II

Salió Manuela llorando su pecado y decidida á no permitir al novio pecaminosas caricias. Pero ¡ay! que pasando ayer por casa de Manolita miré por una ventana, y ví que dentro encendidas tenía... la mar de velas puestas á santa Lucía.

FELIPE LÓPEZ COLMENAR.



Deleitándose

MI BARBERO

Ustedes, claro, no saben, aunque piensen que me afeito, que para hacerme la barba dispongo yo de un barbero.

Es hombre metido en años, parlanchín, de lengua suelto, pequeñito de estatura y de tan cómico gesto, que con mirarle á la cara se queda ya uno riendo.

Tiene la nariz torcida, la frente chata y muy gruesos los labios, y mira bizco, y pone los ojos tiernos cuando cae el parroquiano al alcance de sus dedos.

Habla como una damita, y hace tantos aspavientos, contorsiones y visajes y figuras y remedos, que aspas parecen sus brazos y él un molino de viento.

La otra tarde fui y entré, sentéme frente al espejo, y poniéndome los trapos: — Despacho en un padre nuestro, replicó, cuando le expuse que llevaba prisa, y pienso que bien pudo haber rezado de rosarios y misterios una cuenta repetida mientras jabonaba el cuero.

— ¿Y la familia?

— Templada.

— La mía bien.

— Lo celebro.

— Sólo que tengo á la madre con la injuria del histérico, á los niños resfriados, á la mujer con braguero y al cuñadito...

— Concluya

de sobarme así, maestro, ¿para qué tanto jabón

si no tengo casi pelo?

— En seguida ¡ajá! ¿y qué dice, resultará el ministerio?

Me parece á mí muy flojo, de poca altura ¿no es eso? Yo sé los puntos que calzan, como que estuve sirviendo de miliciano...

— Por Cristo deje la brocha.

— Un momento, se ha secado por aquí, acabo en un padre nuestro.

— ¿Qué acabar ni qué demonio? Como que en la charla el tiempo invertía y daba vueltas hablando, con todo el cuerpo, una mejilla mojaba mientras se secaba el resto; y después de haberle dado a la navaja, perdiendo en pasarla por la piedra lo menos cien padre nuestros, tuvo que volver el tío á jabonarme de nuevo.

Se puso el hombre á decirme de la guerra mil enredos y echó sapos y culebras contra los que hablan de arreglos, cuando está limpia la historia de nuestros ardores bélicos.

Entre tanto el parroquiano aburrido iba saliendo.

y él sin fijarse, seguía como un molino de viento en el aire manotando y la navaja blandiendo:

— La guerra no acabará ¿qué ha de acabar? claro es ello: ya no hay soldado español que embrace adarga y acero; somos todos alfeñiques no hay sangre; hay sólo nervios, y si la patria peligra al punto nos conmovemos por las madres y las novias, por el hogar sólo y tétrico; y si se van, ó si vuelven soltamos el lloriqueo.

¡Y yo aguantando, aguantando sin afeitarme todo esto; con el jabón en la cara y maldiciendo al barbero!

Tomé al punto mi partido: sequéme, cogí el chapeo y sin afeitarme fuíme, y aun me acompañó el maestro hasta la puerta gritando: No hay sangre, porque comemos patatas, muchas patatas, despreciando el noble ejemplo de los héroes bravíos del tiempo de mis abuelos. ¡Aquellos sí que eran hombres con mucha sangre en el cuerpo! ¡Como que comían habas que dan á las venas hierro!

JORGE RICO

ALREDEDOR DEL MUNDO



MALO - LES - BAINS.—La playa y el Casino

J. TRIADÓ



Claustro de San Pablo



Germinal

(CAPRICHOS)

Un aire de sufrimiento y melancolía le arrastraba, obligándole á huir de los paredones sombríos de la ciudad. Ahogábase allá abajo, en el ambiente de las calles estrechas, de las casas oscuras; sentía que entraban en su boca, formando una oleada inmensa, el respiro asqueroso de los hombres, el hueldo fatigado y concupiscente de la carne procaz.

Y salió al campo: dulzura había en la atmósfera; en los almendros despuntaban las albas florecillas, y un cefirillo cargado de perfumes removíase en las mieses, acariciándolas con soplo suave de amorosa Primavera. Crecía la luz en el horizonte, alboreándolo con tintas claras de un amanecer espléndido. Oíanse rumores que despertaban con suave entonación; sentíase germinar y revivir la naturaleza bajo las plantas, misteriosamente.

Pedro Juan respiró con fuerza para que le saturasen bien los pulmones todos aquellos aromas; sentóse sobre los trigos tronchando las espigas, y dejó que se le esponjase el alma en un sentimiento de suave y dulce beatitud. Allí podía aquietar sus nervios excitados, adormecer el espíritu, recogíendole con religiosa mansedumbre; en aquella hora de unción y de calma, no había huella de aliento humano; sentíase en la extensa llanura el dedo misterioso de la inmensidad; llenábase la pupila de azul y aplaciábase la mirada en lejanías adorables. En toda la extensión no se veían más que arbustos, plantas, flores... Los animalillos, ocultos á la mirada del hombre, saludaban al Sol. Pedro Juan se quitó el sombrero y rindió el alma á la quietud.

Había pasado una noche de espasmo doloroso; una noche tétrica, de crisis, de angustia; una noche de andar huyendo, atormentándose, empujado cruelmente por un ansia que no comprendía bien; buscaba el olvido, el reposo... una muerte que no era morir, porque sentía anhelo de respirar, de sér. Había pasado la noche, primero embriagándose en la taberna, en el tugurio, después, corriendo á la ventura, amargado por la crápula. Figuróse que la ginebra le daría aquella embriaguez gozosa que él necesitaba... Quería huir de una damita dulce, delicada y tierna; quería romper unas relaciones que habían sido para su corazón como las esencias fuertes y penetrantes de otoño... el idilio último de la juventud. Estaba cansado de amar; sufría el quebranto horrible de las ilusiones y el desprecio de la carne. ¡Y la miserable naturaleza humana que sólo de carne y de carne inmunda se podía nutrir! Por eso había huído de las casas, de los hombres, y era una desesperación triste lo que le empujaba á la soledad.

Ahora ¡qué bien le hacía aquella deliciosa tibieza del ambiente, en los campos! Salieron del cerebro los vapores de la ginebra que había bebido en las tascas para olvidar, para ser fuerte contra la tentación; se le aquietó el espíritu, y aun sintió que se le iluminaba con una claridad interna que él no sabía qué cosa fuese. A poco sintió que el milagro se había hecho, y sucedió así; el alma, el pensamiento vibró al unísono de todo aquel

espectáculo de suave y misteriosa poesía que desarrollaba á sus ojos una naturaleza pródiga, siempre viva y joven, jamás rendida ni agotada, que germinaba perdurablemente y que no gastaba sino que obtenía todas sus fuerzas del amor. A su lado murmuraba la brisa entre las mieses, que él, Hombre, había aplastado con su peso, y la Naturaleza agitaba con un soplo suave, aire de caricia, para no tronchar las espigas aun delicadas y tiernas. Y entonces vió claro cómo tenía que tratar á la criatura adorable (que quedaba allá lejos, en la casa abandonada) para librarse de los espasmos de la carne, asquerosos y sucios, que habían rendido toda su juventud en la flor de la existencia.

Todo en torno suyo era un himno á la vida y convidaba á sér, anulando la imagen pavorosa de la muerte. Y él, Pedro Juan, vivió. Levantóse, corrió á la casa, sorprendió al entrar á la damita delicada como las espigas de los campos, que había pasado la noche tétrica también en insomnio; que había leído su despedida infame, y que en el suelo, acariciaba los últimos



recuerdos de su amor humillado, tragándose en lágrimas la más horrible amargura. A su lado la hermana contemplábala con ojos de inmensa piedad.

¡Y él, él había visto antes aquel espectáculo de dulzura piadosa! Abrió violentamente la puerta, y echándose en los brazos de aquella juventud lozana, pidió perdón con los ojos arrasados, con los brazos enternecidos, con la palabra rumorosa.

Pedro Juan volvió á amar, levantándose fuerte de la ruina de la carne que había causado la lascivia; Pedro Juan volvió á ser joven á los cuarenta años!...

CLAK.

Padrinos te dé Dios

POR VICENTE RUBIO

—¿Sin destino te han dejado?
 —Me han dejado sin destino.
 —¿A tí, tan buen empleado?
 —Soy un empleado honrado, pero no soy sagastino.
 —¿Qué eres, pues, vamos á ver?
 —Lo que soy, bien se adivina: un cándido y pobre sér que va siempre á la oficina á cumplir con su deber.
 Yo fuí siempre á trabajar, porque el trabajo bendigo; y otros van sólo á firmar

la nómina, y á cobrar lo que no han ganado, amigo.
 —Te faltó en esta ocasión recomendación, tal vez.
 —¡Eso causa indignación! ¿Qué más recomendación que mi probada honradez?
 Por cumplir me sacrifico; nadie como yo se porta, y honrado...
 —Cierra ese pico. ¡Padrinos te dé Dios, chico, que la honradez poco importa!

Colgad los instrumentos

Todavía hay poetas músicos.

Es decir, todavía hay quien canta como los pájaros, armoniosamente, por el gusto de dar trinos al aire.

No creo que se extinga la raza, porque si ahora que es un tiempo malo para los rima-
dores no pierden el cariño á los consonantes, ya ¿cuándo se van á dejar de coplas?

Conste, pues, que yo creo en la inmortalidad de la poesía y en que los poetas son perdurables.

No les tengo mucha afición, porque suelen ser muy embusteros y cuentan las cosas con un descaro inaudito, como si los lectores no hubieran pasado de la edad infantil y la humanidad fuese una manada de bobos.

Ellos se figuran de una raza superior, no dioses, pero casi casi... ¡cualquiera convence al duque de Rivas (al actual), que no es más duque que los otros! ¿Habría sido tan soberbio Cánovas (y no es esto ofender la memoria del difunto) si no hubiera empezado de poeta?

Claro que hay seres superiores... poetas (de esos no hablo); pero nadie me negará que hay versos... que no son divinos.

Versos bucólicos, pícaros, llorones, románticos, excépticos... etc., porque la variedad es infinita, versos que no pueden leer los humanos sino tapándose con algodón en rama los oídos, para evitar los efectos del cascote.

Basta con que un muchacho cualquiera ensarte una tirada con facilidad, para que se atreva á todo, incluso á hablarle á Dios de tú y á insultar á los hombres.

Salió uno de esos vates orgullosos en un pueblo de provincias hablando mal de Dios porque se le había muerto la novia.

— Tendrá usted un disgusto, le dije.

— No enmiendo palabra, yo tengo el valor de mis convicciones... además, el poeta puede decir lo que no se atreven á pensar los simples mortales.

— Ofende usted los sentimientos religiosos del fiscal, de la cofradía de los azules, que tiene vara alta, y del alcalde y de los concejales, que pueden quitarle á usted el empleo.

— No se atreverán, soy poeta.

— ¿Pero usted verdaderamente no cree en Dios?

Aquí se metió en razones abstrusas que no pude entender; lo que saqué en limpio de su filosofía enrevesada, fué bien poca cosa: que para negar á Dios no sabía ni aun ser pagano (como poeta, se entiende). Y ocurrió, como yo había previsto, que el fiscal tomó á mal aquel desahogo de un alma obscura, y no pudiendo obligar al periódico á que rectificase, porque se defendía con el original; no hallando medios en el Código para imponer un correctivo, vino á pagar su necia presunción el coplero por donde más tenía que dolerle; el alcalde le suprimió la nómina: según aseguraban los cofrades azules, no estaba bien que un pueblo eminentemente católico alimentase á un condenado.

Entonces el poeta ¿qué hizo? irse á un diario de la localidad y escribir atrocidades de los cajistas, que le cortaron un verso con tal gracia y tan mañosamente, que de endecasílabo que era, lo dejaron en heptasílabo. Y resultaba que él nada malo había dicho de Dios, sino del angel rebelde, del demonio. Después supe que la novia andaba vendiendo vida, y lo que se le había muerto era un maniquí que le enredaba en los desvanes de la imaginación... En suma, un tejido de mentiras forjadas sólo para contar al mundo que él estaba desesperado... otro embuste insufrible también.

Pues ese caballero escribe con facilidad, y es de los que para ser graciosos se ponen en mangas de camisa, de manera que aun cuento con verle autor ponderado por la gacetilla ramplona. Y ha de ser así; porque como había mentido tanto, el Municipio no pudo tragar la rectificación, y el mozo quedó sin empleo y sin poder dar cima á la carrera.

Lo digo por esto; como él hay muchos muchachos fáciles, muy embusteros, que han tomado afición á la cosa y dicen que el corazón perdió sus latidos porque se vió abandonado y viejo, ó llaman viles á los ojos de la mujer que aman, ó no creen cuando no tienen tiempo de haber empezado á dudar, en la época en que la vida es dulce y adorable; muchachos, en una palabra, que no son poetas y luego no servirán para zapateros ni para albañiles, y que, naturalmente, tarde ó temprano sufren el castigo que sufrió el poeta de mi cuento, y no creo que todos versifiquen como él.

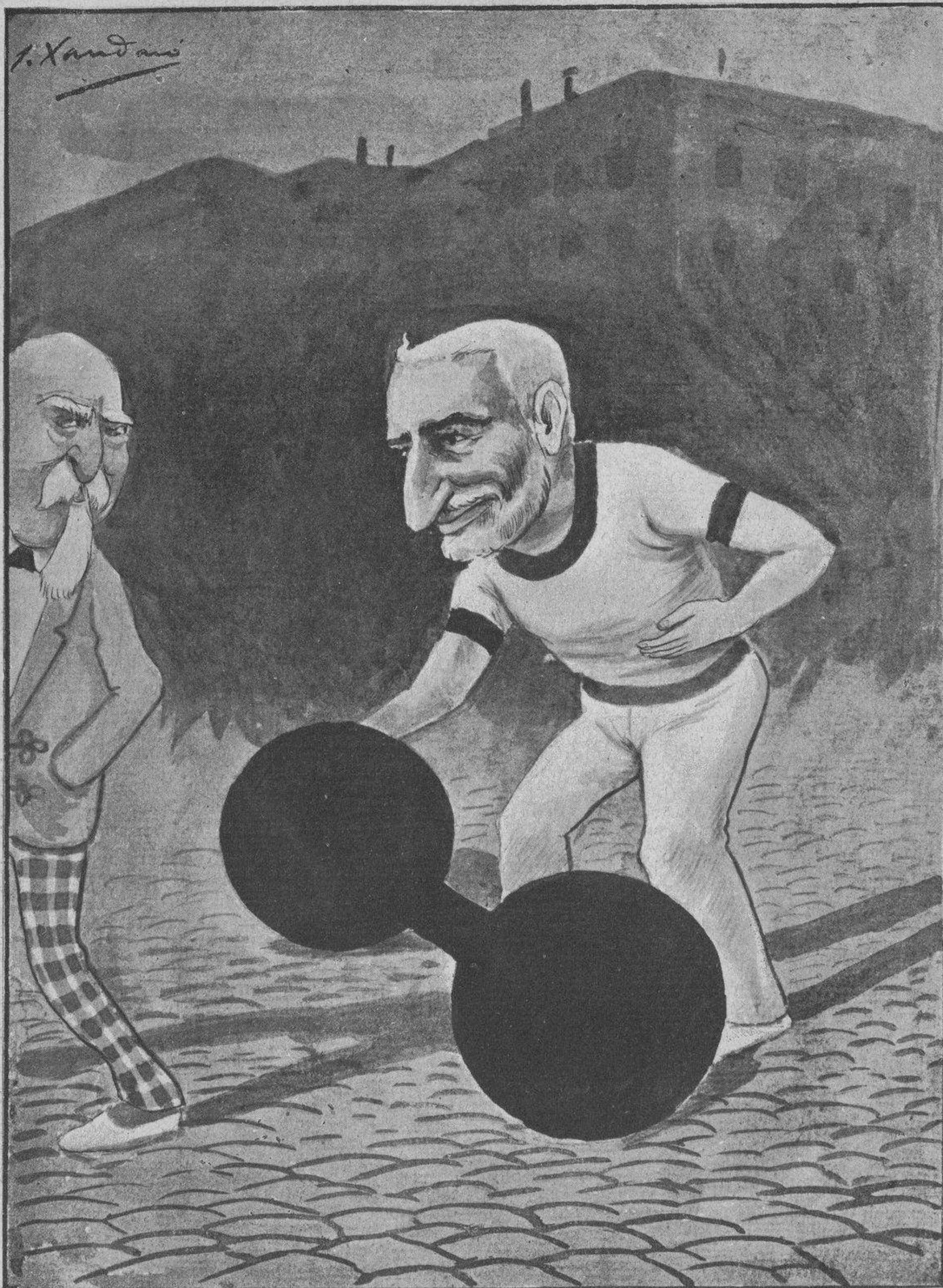
Fráncamente, me disgusta que esos pobres caigan en el error de creer que para vivir en el mundo basta y sobra con mentir, y que siendo jóvenes pierdan el encanto más bello de la juventud, la ingenuidad.

No saben, porque nadie lo dice, que la leyenda del Génesis se repite eternamente, y hay un angel que echa á los jóvenes que pierden la ingenuidad, del paraíso de la poesía.

Así hay tantos, quienes no acabaron de aprender retórica, que escriben con soltura... y que no son más que vates sueltos.

Si seguís por esa senda hacia la inmortalidad, colgad los instrumentos ¡oh, jóvenes!

J. F. LUJÁN.



- Anda con Dios, Marcelinc, que yo me encargo de este peso. Ah, y de paso tráete una grúa ¿oyes?



No sé si la noticia es de los astrónomos ó de los gacetilleros.

Un diario habla de los pronósticos para el invierno que está al caer. Y dice que hará frío en Diciembre, Enero y Febrero.

¡Frío en Enero y Diciembre
¿cómo me lo arreglo yo,
si empecé el gabán creyendo
que nos haría calor?



Uno que duerme á pierna suelta, despiértase sobresaltado al oír pisadas en la habitación.

Se incorpora, descubre que son ladrones los que acaban de interrumpirle el sueño y están registrando los muebles, y les dice:

—¿Buscan ustedes dinero? Voy á ayudarles y si encontramos algo iremos á medias.



¿A que no saben ustedes lo que se le ha ocurrido á la Tabacalera, es decir, á la Compañía Arrendataria de Tabacos?

¿Poner acíbar ó estircnina en los pitillos?

No, eso no; tampoco hace falta que emplee lo último para envenenar á los fumadores.

Lo que se le ha ocurrido es modificar en breve las diferentes clases ordinarias que hoy se elaboran.

Ya adivinan ustedes lo que hará la Tabacalera para que resulte bien el milagro.

Convertir las clases ordinarias... en más ordinarias. Así quedará sábiamente resuelta la modificación.



Amigo D. Baltasar quisiera...

—¿Qué Tesifonte?

—Quisiera desempeñar...

—¿Un destino en Ultramar?

—Mi capa que está en el Monte.



Esos laborantes de América tienen toda la sal de María Santísima.

Me entero de que la Junta envió á Calixto García con otros expedicionarios en un buque podrido bueno para irse á pique en cuanto se le hincharan las narices al mar.

Pero lo más chistoso es que compró la nave ó la nao en seis mil pesos, cargando en cuenta la friolera de quince mil.

Cuenta redonda, nueve mil duros limpios de polvo y paja para el bolsillo.

Juntas así se recomiendan solas ¡y qué ministros de Hacienda iban á dar á Cuba! Si manejasen este país no quedaban en su sitio ni las aceras.

Correspondencia

A. M. y G. — Madrid. — Como mal trazadas no lo están esas rayas cortas; pero se ve el juego, es decir, la picardía. Para ser graciosos sobra con tener... gracia. A mí me gusta la fina, la que no busca el chiste en el equívoco.

Mande usted otra cosa alegre, juguetona... y veremos.

Zeta. — Cádiz. — Lo mismo le digo, hermano. Bueno que los epigramas tengan intención, pero no tanta. Enmiéndese, que la muerte no avisa y conviene no tener el alma en pecado mortal.

D. V. O. — Valencia. — ¡Pero qué desgracia, hombre! No sé como diablos se las arreglan que no saben hacer más que chistes... sucios. Hay que ponerse un pañuelo empapado en esencias para leer esos escritos.

F. C. — Barcelona. — Aceptado. — Gracias.

Candil. — Torrevieja. — ¡Y que tenga usted tan poca sal, habiendo tanta en esas salinas!

Justo. — Córdoba. — *Te miré tan chiquitita
y además tan rebonita,
y además...*

claro, perdió usted el sentido, y en esas condiciones ¡cualquier cristiano escribe versos!

T. M. U. — Barcelona. — ¿Por qué escribe usted que los italianos tienen virtudes *eroicas* sin *h*? ¿qué culpa tienen ellos de que no sepa usted ortografía?

Romeo. — Barcelona. — Si lee usted los versos que escribe á su Julieta, no va á saber nunca ella cuando canta la alondra.

¿Anda? — Madrid. — Pues no anda, debe de habersele roto la cuerda.

J. Desgraciado. — Madrid. — El abuso de *abas* y *mentes* no se le permite más que á Campoamor. Además, siga usted mi consejo: no llame usted soneto á tres redondillas.

A. M., C. D. B. Madrid. — Rotuar Nesobra, Madrid. — F. C., L. N., Matraca, Barcelona. — U. V., Sevilla. — Dionisio, P. N., Valencia. — Por esta vez no puedo servirles.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona